

Edición Zig-Zag.

Precio: \$ 2.-

**EL
4
DE
JUNIO**

Por

Manuel Aránguiz Latorre

Secretario del Excmo. señor
don Juan E. Montero.

**EL
4
DE
JUNIO**

Por

Manuel Aránguiz Latorre
(Secretario del Excmo. Señor
don Juan Esteban Montero).

BIBLIOTECA
CLODOMIRO ALMEYDA

6298



Es propiedad del autor.

Inscripción N.º 2999.

En mi calidad de funcionario de la Presidencia de la República, tuve la suerte de trabajar cerca del Excelentísimo señor don Juan Esteban Montero, durante el corto período de su Administración.

Esta situación personal me permitió conocer y apreciar la diaria y penosa tarea del Presidente Montero en su esfuerzo por restaurar las bases del régimen republicano y, al mismo tiempo, acompañarlo en las circunstancias difíciles y dolorosas que atravesó por la

traición de muchos y la incomprensión de la mayor parte de sus conciudadanos.

Esa traición y esa incomprensión, es la que me ha movido a escribir estas líneas, necesaria reparación al desconocimiento casi absoluto de algunos de los hechos determinantes del vergonzoso cuartelazo que culminó con la implantación de un régimen de tiranía y de desprestigio para nuestra vida constitucional.

No busco la forma literaria ni tampoco me llevan bajas pasiones al exponer los hechos acaecidos aquel día funesto de nuestra historia, sino, por el contrario, la convicción que da el desinterés unido al afecto y la admiración para el eminente ciudadano que honró el solio Presidencial de que debo decir la verdad, no en veladas formas, sino en toda su realidad, que, aunque dolorosa, es siempre verdad.

4 de junio de 1933.

El 4 de junio

Son las seis de la mañana.

Benjamín Montero Fehrman entra a mi cuarto y lacónicamente me dice:

“Ha estallado un complot en contra del Gobierno y ningún cuerpo de Ejército está con mi padre. Vístete y anda inmediatamente a la Secretaría”.

No he tenido jamás un despertar más amargo. Las breves palabras de Benjamín me dejaron desconcertado y durante algunos segundos no pude comprender exactamente lo que ellas significaban.

Antes de seguir en esta narración, creo conveniente describir someramente los hechos de más importancia ocurridos el día anterior, viernes 3, en el Palacio de la Moneda.

Tanto en la mañana como en la tarde de aquel día circularon rumores insistentes de que sucesos graves, de trascendencia política, se habían generado en la Escuela de Aviación, rumores todos en los cuales iba mezclado el nom-

bre del Comodoro del Aire, Marmaduke Grove. Pero vivíamos acostumbrados a oír siempre negros vaticinios revolucionarios y fué esa la razón de que no le diéramos la importancia que esta vez tenían.

S. E. el Presidente de la República recibía a las siete de la tarde a las personas que deseaban saludarlo. Dos veces a la semana, en las últimas horas de la tarde, acostumbraba el señor Montero a reunirse con sus amigos en uno de los salones del Palacio y esta vez, a esa hora, eran numerosas las personas que lo esperaban.

Poco antes, me encontraba sólo en la Secretaría cuando ví al Mandatario dirigirse al comedor. Lo acompañaba su Ministro de Relaciones Exteriores, don Carlos Balmaceda Savedra.

Instantes después me anunciaron la llegada de algunos Generales y altos Oficiales del Ejército. Eran de los primeros que concurrían a la tertulia vespertina del Presidente.

Al conocer la presencia de estos Jefes en el Palacio el señor Montero abandonó inmediatamente el comedor y se dirigió al salón rojo para atenderlos.

Cuando volví a la Secretaría, encontré que uno de los teléfonos privados sonaba insistentemente. Levanté el fono. Una voz que quiso mantenerse de incógnito me aseguró repetidas veces que cuatro de los visitantes del Presidente tenían la intención de asesinarlo durante la recepción que en esos momentos se iniciaba.

Le pedí diera más veracidad a sus palabras, dándome el nombre o el número del teléfono. No lo hizo, prefiriendo mantenerse en el anonimato.

A pesar de la frecuencia de estas denuncias o amenazas, más de un presentimiento me asaltó y, sin decir palabra a nadie, en contra de mi costumbre, me eché una pistola al bolsillo y me dirigí al salón.

En el ví a diez o doce militares y a muchos civiles. Todos rodeaban a S. E. y conversaban animadamente, sin que nada anormal se reflejara en el ambiente.

Según supe después muchos de los militares allí presentes, hicieron promesas y juramentos de lealtad a la persona del Presidente.

Hasta las nueve de la noche S. E. departió con sus visitas. A esa hora quedé solo con él.

Le pregunté si ordenaba algo. Me dijo que no y, con el tono cariñoso de costumbre, me dió las buenas noches.

Me retiré a comer un tanto intranquilo. Recordaba los rumores del día y asocié a ellos un decreto cuyo texto no conocí, pero que, según me dijeron, tenía relación con el Comodoro Marmaduke Grove, decreto que se tramitó en las últimas horas de la tarde en la Presidencia de la República. Lo había llevado el Subsecretario de Aviación, señor don Ramón Vergara, quien se mantuvo en todo instante reservado.

Al llegar a mi casa, situada casi al frente de la de don Carlos Balmaceda, me encontré con él. Venía saliendo de su residencia, en compañía de su familia, y se dirigía a una comida que en su honor daba el señor Ministro del Japón.

Me detuvo y me inquirió noticias. Ninguna novedad pude contarle, pero él me informó que el Presidente le había dicho que "parecía se presentaba un nuevo movimiento militar", cuyas proyecciones no era fácil prever en esos momentos.

En la noche, siempre bajo una preocupación dominante, pensé ir a la Moneda, pero obtuve informaciones tranquilizadoras y me dijeron que el Palacio se encontraba desierto y sus vecindades despejadas. Hasta ese momento, todo hacía creer que nada serio amenazaba al Gobierno Constitucional.

Volvamos al día cuatro:

Al retirarse Benjamín Montero de mi lado, para cumplir con otros deberes que la situación le imponía, se despejaron bruscamente mis dudas y las inquietudes que había tenido en el día que he descrito.

Salgo de mi casa apresuradamente. Me bastan apenas diez minutos para vestirme.

Busco ansiosamente un coche que me lleve a la Moneda. No lo encuentro y llego poco después de las seis y media de la mañana.

En la calle Morandé se ven muchos curiosos; pelotones de Carabineros transitan lentamente por los costados de la Casa de los Presidentes de Chile. Dos escuadrones están apostados frente a la plazoleta que da a la Alameda.

Dentro del Palacio hay un ambiente triste y desconcertante. Las caras cansadas indi-

can que la noche ha sido intensa en trabajo para los que allí estuvieron.

Entro a la Sala de Despacho de S. E., quien se encuentra rodeado de algunos de sus Ministros, de políticos y Jefes del Ejército. Trato en vano de escrutar en su semblante huellas de desaliento o amargura. Me saluda con el afecto de siempre.

Me informo en detalle de lo que sucede. Se me dice que el Comodoro Grove — a quien llevó S. E. el cargo de Director de Aeronáutica después de reiteradas promesas y empeño de honor de que sólo se dedicaría a sus funciones militares y de vanos juramentos de lealtad — al ser requerido para entregar el mando de la Aviación, por tener conocimiento el Gobierno de que se había unido a los que complotaban en su contra, se ha refugiado en la Escuela de Aviación, levantando contra el Supremo Gobierno a los hombres que estaban bajo sus órdenes, al grito de la República Socialista, que ellos implantarían.

Se me dice que el Capitán de Escuadrilla señor Jessen, no ha aceptado substituir a Grove en su alto cargo en consideración a que no

estima justa la medida disciplinaria tomada en contra de su Jefe; que igual actitud ha adoptado el Capitán señor Aracena — primer Edecán de Aviación que tuvo S. E. — y, que en esa emergencia, el Gobierno ha nombrado para ese puesto al Sub-secretario de Aviación, Comandante don Ramón Vergara Montero, quien, en la noche, se ha dirigido solo al Bosque, donde ha sido tomado prisionero, después de haber atravesado de un balazo el brazo de un oficial que quiso detenerlo y después de haber descargado su pistola sobre un grupo de aviadores que no obedeció sus órdenes. Sin recurso alguno de defensa y sin que ninguno de sus subordinados acatara sus mandatos, se entregó a los sediciosos el único militar que por el Gobierno constituido aparejó su lealtad a una acción de enérgica represión.

Me dicen, también, que se ha recibido un ultimátum para que el Presidente de la República presente la renuncia de su cargo antes de las 11 de la mañana. En caso contrario, los aviones rebeldes harán fuego sobre el Palacio después de esa hora.

Me encuentro con la señora Graciela Fehr-

man de Montero. Está serena y si alguna emoción deja entrever, es la inseguridad que, como esposa, tiene por la suerte que pueda correr el Presidente de Chile. Después de breve cambio de palabras acerca de la situación producida, me retiro de su lado y me apresuro a volver a la Secretaría.

Allí encuentro a una cantidad inmensa de personas.

El personal de la Secretaría está ya completo y se agita hondamente preocupado. Falta un Edecán. El representa en Palacio a la Aviación Nacional.

Veo a muchos políticos y a muchos oficiales del Ejército.

Todos están desorientados y las conversaciones apenas son perceptibles.

Los corredores vecinos al Gabinete Presidencial y a la Secretaría se hacen estrechos para contener a la enorme cantidad de personas que a cada segundo llegan a inquirir noticias al Palacio. Se ven rostros en los cuales la sorpresa se retrata vivamente y otros en los que se marca una huella de amargura y desaliento.

No se puede trabajar. Pero ya nada tenemos que hacer. Sólo oír los vaticinios y las esperanzas. Las frases amargas y duras con que todos censuran a los amotinados.

Al Comandante Manuel Francke, Edecán de la más absoluta confianza del Presidente, lo busco con impaciencia. Ya me han dicho que no ha sido leal a S. E. y la voz que me lo aseguró me inspira tal respeto que sólo oyendo de sus labios la negativa que espero, podré atenuar la desconfianza y extrañeza que su actitud me produce.

Pero mi suerte no quiere que esa mañana me encuentre con él. Supe después que había ido y que conversó largamente con algunos de mis compañeros.

Habló con numerosos políticos que se dicen informados de lo que acontece. Apunto con amargura que ya están todos desilusionados y que ven para muy pocas horas el desenlace de los sucesos.

La vergonzosa actitud de algunos Jefes de las Instituciones Armadas y de políticos descalificados, que complotan con fines exclusivamente personales, está ya a punto de convertirse

en la completa realización de sus mezquinas ambiciones.

Así transcurre, dolorosamente larga, media mañana. Son las 10. Aquí y allá siguen las murmuraciones y nadie saca de la conversación con el mejor orientado, mayores detalles de los que puede sugerir a cada cual el hecho cierto y seguro de que la mayor parte de los Jefes y la Oficialidad del Ejército y de la Aviación están, hoy como ayer, en su tarea de dominar al país por encima de toda la voluntad ciudadana.

El hecho es monstruoso e inconcebible.

El Jefe Supremo de la Aviación desobedece al Gobierno; exige, bajo el imperio de la fuerza, que el Presidente de la República, elegido en elección libre y democrática, renuncie a su mandato, para constituir él un gobierno nuevo y original.

Sus oficiales, a los cuales es dable suponer un *minimum* de conocimiento de sus deberes y de respeto hacia la Constitución, se doblegan como vasallos ante su capricho y ambición.

Más tarde han de llegar a la Escuela de Aviación los jóvenes cadetes de los últimos cursos de la Escuela Militar, al mando del

Capitán Zuloaga, y, con paso de parada e inútiles arrogancias, desfilarán ante el Jefe del motín.

Los Regimientos de las guarniciones cercanas a Santiago, apenas llegan a ésta, se encaminan al Bosque y, en lugar de combatir a los sublevados — como se les ha ordenado — se unen a ellos.

El Comandante del Regimiento Buin le informa al Ministro del Interior que no puede hacer frente a los sediciosos, porque el segundo Comandante no ha obedecido sus órdenes. El Ministro le pregunta si a ese oficial le ha pegado un balazo como castigo de su falta. Le dice así: “Pero ese Mayor estará muerto”. El Comandante rehuye contestar. Hay un pacto de no agresión.

A espaldas de todos ellos, está el hombre que deben respetar y obedecer. Pero el germen del motín, que esta vez nada idealiza, se ha infiltrado en el espíritu de los miembros de las fuerzas armadas, desde los más altos Jefes hasta los jóvenes estudiantes militares.

Me retiro a mi escritorio, bastante lejano del sitio en que se debate la suerte del país, y

con ambas manos apoyadas en mi cara permanezco por tiempo impreciso en muda consternación. No es mi persona ni la pérdida de una halagüeña situación lo que me aflige. Es la pena profunda, sincera como ninguna, honda, triste, que me produce el sacrificio estéril de don Juan Esteban Montero. Es el recuerdo de los meses en que he estado junto a él y lo he visto siempre tan noble, tan humano, tan dispuesto al sacrificio. Es el recuerdo de su tenaz y porfiada negativa para aceptar la candidatura al cargo del cual sería despojado por la falta de unión de las fuerzas políticas que le exigieron y lo llevaron al Gobierno. Son sus preocupaciones, sus largas vigiliias en pro de la patria, su absoluto desinterés personal, su anhelo de hacer un Gobierno que satisficiera a todos, en que en una hora en que media la mera ambición de unos pocos aventureros, se consigue que se pague con la moneda sucia de la ingratitud el trabajo y el desvelo de uno de los Mandatarios más sabios, más honorables y sobrios que jamás haya tenido la República.

Porque son muy pocos, en relación con el país, los civilistas que están a su lado. Muy po-

cos, pero todos valerosos, al parecer, ya que ofrecen sus vidas para asegurar la mantención del régimen del Gobierno Constitucional que desaparece entre las espadas.

Al regresar a la Secretaría principal, me toca presenciar una escena que juzgo de enorme interés. Cerca de las puertas del comedor de honor se encuentra el General don Carlos Vergara y muy próximo a él, don Enrique Fehrman. Diviso en esos momentos al Teniente Coronel Pedro Lagos, Comandante de la Escuela de Aplicación de Infantería, el Regimiento mejor equipado y armado del país, formado en su totalidad por individuos de experiencia o práctica militar. Lo acompaña el mayor Aurelio Concha, segundo Comandante de dicha Escuela.

Se coloca frente al General. Lleva una mano a la visera de su gorra, y dice: "Buenos días, mi General":

"Antes de proceder a cumplir la orden de apoderarme de la Escuela de Aviación, he creído conveniente imponerme del ánimo de sus oficiales y me he dirigido a ella. Mi impresión es que se encuentran dispuestos a todo y no cederán en su actitud de indisciplina. Yo me pongo al frente

de mi tropa y cumpliré la orden que se me ha dado, aunque tácticamente la considero desastrosa. Pero si es necesario estoy dispuesto a morir en defensa de las instituciones nacionales y de la persona del Presidente de la República; pero para llevar a cabo esta misión, necesito una orden escrita y firmada por S. E.”

El General nada le respondió.

Pensé en ese momento y pienso ahora que el Comandante de la División enmudeció asombrado ante la imposición de su subordinado y amigo, ante la extraña y condicional manera de acatar las órdenes superiores.

Y el llamado después “leal Coronel”, adoptó la actitud que correspondía a lo que aparentemente era una orden tácita: sacrificó su “abnegación” por la causa constitucional y plegó su Regimiento al grupo de audaces que capitaneaba el nefasto Comodoro.

A esa hora me informan que hay orden de citar a algunas personalidades para una reunión que se celebrará media hora más tarde en el Salón Blanco de la Moneda.

Nos apresuramos a citar a los políticos que el Presidente ha llamado, la mayor parte de los

cuales están aun en sus hogares, absolutamente ignorantes de los sucesos que al caer la tarde habrán convertido a la República en una tienda de circo.

El recado es breve: “S. E. desea dar a conocer a usted la gravedad de la situación y le ruega quiera ser tan amable de concurrir a la Presidencia a las once en punto. La respuesta es casi siempre igual: “Dígale a S. E. que con el mayor agrado...”

Sólo a dos o tres personas no nos vemos en la obligación de explicarles en qué consistía la “gravedad de la situación”.

Hablo, entre otros, con don Gonzalo Bulnes, con don Ladislao Errázuriz, con el doctor Prunés.

Pero la orden de llamada es a personalidades de todas las tiendas políticas, de todas las ideologías, de todas las tendencias. A amigos de S. E. y a enemigos de su Gobierno.

Y veo llegar, momentos después, a muchos de los citados y a muchos que no lo fueron, pero que movidos por su anhelo patriótico estimaron necesaria su presencia en la Sala.

Pasan don Jorge Alessandri, don Littré Qui-

roga, don Rafael Luis Gumucio, don Julio Bustos, don Marcial Mora, don Julio Bustamante, don Héctor Alvarez, don Hernán Echeverría, don Miguel Urrutia, don Oscar Urzúa, don Luis Claro Solar y tantos otros que estaban deseosos de prestar su concurso.

También entran don Ernesto Barros Jarpa y el Doctor Fajardo, que pocas horas después estarían entre los que se apoderaron del Poder y que en esas circunstancias no tuvieron escrúpulos en aceptar la invitación del hombre que los llamaba para oír su opinión acerca de los medios que opondría al avance sedicioso.

El Edecán, Capitán de Corbeta Ernesto Julian Saint Claire, cuya noble lealtad está a la par con sus sentimientos hidalgos, anuncia a S. E. que en el Salón lo esperan los invitados a la reunión que ha citado.

El Presidente, acompañado de todos sus Secretarios de Estado, se dirige a él.

En los corredores y pasillos, los grupos se estrechan. Todos quieren observarlo, saludarlo, darle su palabra de aliento, demostrarle que por el hecho de estar ahí, están con él.

Llega al Salón. Los concurrentes se ponen

de pie al entrar S. E. El los saluda con una venia, que luego repite dos o tres veces al ver caras conocidas.

El Presidente avanza pausadamente hasta su sillón; las miradas lo siguen con curiosidad, en medio de un silencio que apenas turba sus pasos lentos.

El momento tiene algo de impresionante tristeza.

Hasta el aliento parece que estuviera en suspenso cuando S. E. toma asiento. Las miradas siguen fijas en él y en todos los ojos se ve la viva expectación con que es esperada su palabra.

Habló, y dijo: "Los he reunido aquí para explicarles la trascendencia del momento en que estamos. El Comodoro del Aire, señor Marmaduke Grove, a quien el Gobierno ha exonerado de sus funciones, porque conspiraba, no obedece ya las órdenes de sus superiores y a su actitud rebelde se ha unido la Escuela de Aviación. Se tomaron las medidas que eran aconsejables y se envió para reducirlo a la Escuela de Aplicación de Infantería, pero tampoco obedeció y se plegó a las fuerzas sublevadas.

En estas circunstancias se convino en traer a algunos Regimientos de provincias, los que también han tomado ese camino.

El Gobierno no cuenta con un solo soldado leal y, para mantenerse en el Poder, no tiene cuerpos que lo apoyen. En esta situación, os he llamado para oír la opinión de vosotros. . .”

Su voz era serena y habló con reposada calma, aunque con un dejo de emoción en sus palabras. No hubo pausas en su corta peroración y en los momentos supremos en que se dirigía a los prisioneros de la civilidad chilena, parecía que su personalidad adquiriría nuevos relieves de nobleza y patriotismo.

Sigue hablando:

“Ruego me déis vuestro parecer”.

Pero nadie responde, como si para aquel momento penoso toda palabra fuera vana.

Es necesario que S. E. se dirija nuevamente a los políticos y les pida otra vez su opinión.

Pero no se alza ninguna voz.

Se cruzan las miradas en el anhelo de encontrar en algunos ojos manifestaciones de oratoria que rompa ese silencio que pone en aguda tensión nerviosa el expectante momento.

Nada.

Ahora, el Presidente ruega a don Gonzalo Bulnes, como al más notorio republicano, que indique su parecer:

Y dice, con penoso esfuerzo:

“No creo que sea yo el llamado a opinar en asuntos de tanta trascendencia, alejado de la política, como vivo; pero lo que yo haría en su caso es oponer la firme resistencia de los civiles ante la inminencia militar. Agotar todos los recursos y medios posibles y seguir en el Gobierno hasta el término del período constitucional para el cual fué elegido Presidente”. Expresa después, que lo que se debate en esa Asamblea no es la persona del Presidente de la República, por alta que sea — como lo es — sino la República misma; las Instituciones Republicanas, que son la base fundamental del Estado.

Habla algunas palabras más. Noto en su voz vacilaciones y cansancio y es fácil comprender que el grande y honrado patriota se emociona al aconsejar remedios para males que él no conoció en otros tiempos de vieja turbulencia política.

Al dejar de percibirse la voz del ex Emba-

jador, hay muchos que desean hablar. Y lo hace largo rato el Diputado don Héctor Alvarez.

Pide la cooperación de todos los presentes para mantener en el Gobierno al Excmo. señor Montero. Hace breve historia de los movimientos militares y censura al civilismo por su falta de patriotismo al contemplar impasible el avance de dos o tres Regimientos sobre la Moneda en ánimo de imponer sus ambiciones. Pide enardecidamente la firme unión que todos los partidos políticos prometieron al Jefe del Gobierno que muere. Dice que el momento no es para discutir. Que lo que debe hacer cada cual es usar todos los medios de propaganda para la rápida organización de unidades civiles. Por medio de la radio, haciendo uso de la palabra en las calles, exortando a la juventud: todos son buenos caminos para desbaratar las maquinaciones de Grove, Matte y Dávila. "Y de acuerdo con lo que sostengo, creo que no debo seguir aquí: me voy a la calle a trabajar en lo que he dicho, a cumplir con mi deber."

Sus palabras son recibidas con calurosos aplausos y su gesto tiene el influjo de conmover a muchos.

Y, efectivamente, se retira.

Sentado al lado de don Jorge Alessandri Rodríguez se encuentra don Ernesto Barros Jarpa y un poco más allá, arrinconado cerca de una puerta, don Ladislao Errázuriz Lazcano.

Quedan al costado de S. E. y de su Ministerio.

Ha de salir de ahí la voz siguiente.

Y es don Ernesto Barros Jarpa, quien dando vueltas en las manos a su sombrero negro y con la vista fija en el suelo, habla ahora:

"Excelencia":

Hay una pausa larga, indicadora que el orador trata de unir sus ideas y de medir sus palabras. Es baja su voz al principio aunque después adquiere mayor potencia.

Sería imposible decir textualmente sus cortas palabras. Pero reprocha al Presidente el haber hecho — según él — un Gobierno que favorece a las clases sociales de arriba y de protección a determinados partidos políticos. Dice "que los problemas nacionales no han tenido ni tendrán solución práctica posible bajo su mandato". Además: "Si usted, Excelencia, hubiera estado más cerca del pueblo, este movimiento sería la

realización de una ambición personal”.

Termina manifestando su opinión con respecto a la situación del Presidente de la República, más o menos con las frases siguientes: “Hay ejemplos en la Historia de hombres que nos dieron patria y libertad, que en momentos difíciles supieron adoptar una actitud que salvara la situación. El señor Montero debe seguir esos ejemplos, renunciando a su cargo y eliminando con su persona y con las personas que lo rodean la impopularidad de su gobierno, dejando entrada entonces a las tendencias de izquierda”.

—Olvidaba lamentablemente en esos momentos el orador que el Prócer de la Independencia —a que aludía— abdicara al Poder ante la presión incontrarrestable de un movimiento civil y no de un vergonzoso cuartelazo, cual era el de ahora.

S. E. rectifica sus palabras y le dice que no es culpa de él si las izquierdas no han tenido participación en el Gobierno, va que le ofreció a los partidos que la forman varios Ministerios, pero que, en lugar de allanarle el camino, le pusieron condiciones que el Gobierno ni el Presidente

de la República podían aceptar, por su propio prestigio.

Don Ladislao Errázuriz hace un movimiento con una mano, como indicando que desea hablar.

Hay en la Sala un silencio expectante, que confirma el enorme interés por escucharlo.

Y su palabra se alza potente y clara. Parece que recalcará cada frase, cada letra.

El brillante orador del Parlamento, el político que durante el Gobierno del señor Ibáñez mantuvo una línea de conducta que es un eterno ejemplo para los chilenos, estremece a todos de emoción.

Es el momento máximo de la Asamblea.

“Paso por las palabras que acabamos de oír en esta Sala. Ellas vienen de un político que ha actuado en uno de los Gobiernos anteriores al del señor Ibáñez, responsable como ninguno de la actual situación del país, porque sus desaciertos y bajo el amparo de la más grande corrupción política de nuestra historia, dió entrada en el Gobierno Supremo de la Nación, al militarismo”.

Expresa después que, a su juicio, es necesari-

rio restablecer a todo trance el prestigio del período presidencial y luchar por la dignidad del cargo. Que el Presidente debe ir a los Cuarteles, exponer a la tropa la situación y ordenarle, como su Generalísimo, que salgan en defensa del Régimen Constitucional.

Y volviendo sobre el señor Barros Jarpa, le dice, más o menos, estas palabras, terminando con ellas su valiente peroración:

“Le niego el derecho de hacer oír aquí su voz. No tiene la independencia política necesaria para censurar al Gobierno del Excmo. señor Montero.”

Su palabra arrebatada y su enérgico ademán de tribuno avezado, arranca aplausos sonoros y prolongados y algunas otras manifestaciones de encendido entusiasmo.

En términos parecidos a los del señor Barros Jarpa — aunque un poco más teñidos de izquierdismo — habla luego el doctor Fajardo, que a esas horas ya estaba en lista para la Cartera de Justicia en el flamante Ministerio de la Junta del General Puga.

El doctor don Héctor Orrego Puelma, que desde un ángulo de la Sala observa el desarrollo

de la Asamblea, de pie, solicita la palabra y con voz potente y clara habla así:

“Debemos abandonar toda farsa, todo disimulo y todo engaño y darnos cuenta claramente que nos encontramos frente a un nuevo motín militar, fomentado por elementos civiles.

Respecto a las críticas que los señores Barros Jarpa y Fajardo formulan al Gobierno del Excmo. señor Montero, creo que es necesario también no cegarse y comprender que la culpa la tienen por igual los partidarios y los contrarios del señor Montero. Aquellos, porque en muchas ocasiones han olvidado los ideales y la persona del Presidente para trabajar exclusivamente por sus intereses, y los contrarios, porque no han sabido realizar, en ningún momento, una oposición patriótica y constructiva, sino que campañas injuriosas, llenas de odio y de calumnias, que han preparado el motín que actualmente estalla.

Yo emplazo a los señores Barros y Fajardo para que declaren si están con los civiles o con los militares en estos momentos”.

El doctor Fajardo no responde a las palabras del señor Orrego, pero, sí, juzga oportuno

volver a referirse al Gobierno del Excmo. señor Montero, afirmando que lo distinguen los errores y, por encima de sus apreciaciones, deja claramente establecida su tenaz negativa de cooperación al Gobierno civil.

Le sigue en el uso de la palabra el señor Ernesto Barros Jarpa, quien hace una breve exposición de los ideales que siempre ha mantenido y de paso los mezcla con gratas alusiones a su persona. Finaliza su discurso declarando que no ha estado jamás con las dictaduras militares y "que en esos momentos tampoco tiene ninguna relación con elementos del Ejército, pero que insiste en su estimación de que el Presidente de la República debe hacer un sacrificio".

No se pierde aun el eco de sus palabras, cuando estallan las del doctor Orrego Puelma: "Ante la negativa de cooperación de los señores Barros Jarpa y Fajardo, yo declaro, solemnemente ante el país, que son culpables de traición a la República y al Civilismo."

Las palabras del señor Orrego, que parecen que cayeran como una lápida sobre los aludidos, producen un incontenible desborde de patrióti-

co entusiasmo y, durante algunos segundos, sólo se oye el frenético palmotear de las manos.

A esta altura de la Asamblea, me retiro del Salón, ansioso de adquirir noticias de los amotinados. Me cuentan que se han recibido informaciones desde "El Bosque", por las cuales se confirma el ultimátum de rendición, con el cual amenazan que, si el Gobierno no se ha entregado al mediodía, harán irremisiblemente fuego sobre la Moneda los poderosos aviones socialistas.

Deprimido moralmente por la infame e inconsciente temeridad de un arma que la Nación mantiene para su progreso y no para su destrucción, me encamino otra vez al recinto de la Asamblea.

Al llegar a la puerta, distingo a don Cornelio Saavedra Montt — el constante enemigo político del Gobierno de don Juan Esteban Montero — que nerviosamente y con indignación que contagia, inquiere noticias de lo que realmente sucede. Algunos amigos lo informan detalladamente del motín y le piden entre al Salón y dé a conocer su opinión con respecto a él.

Pero él se niega a aceptar, manifestando que

no ha sido invitado. Mas, ante la firme insistencia que le hacen, se decide a pasar.

Y llega en los precisos momentos en que el leal amigo de S. E., don Rafael Luis Gumucio, de pie, con natural emoción, se dirige a la Asamblea con estas frases:

“Estamos ya en presencia de un movimiento militar y no sabemos su resultado. Lo probable es que tenga éxito; pero esto no debe importarnos para la actitud que nos corresponde adoptar. Nuestro deber nos está clarísimamente señalado y tenemos que cumplirlo. En consecuencia, los amigos de S. E. el Presidente de la República estamos y estaremos con él hasta el último extremo.”

Y con acento ennoblecido por la sinceridad que da a sus palabras, termina así:

“Sus amigos estamos con usted, Excelencia”.

“Y sus enemigos, también”, dice, o, mejor dicho, grita don Cornelio Saavedra Montt.

Su frase, por venir de un adversario del Gobierno, impresiona a la concurrencia, que aplaude entusiastamente.

Cuando el silencio lo hace posible, vuelve a

hablar. Su voz es cálida; sus palabras llenas de fuego. El perseguido constante de un Gobierno de fuerza, en ese momento histórico, con sentimiento que acusa su profunda sinceridad, protesta enardecido de la traición mezquina y cobarde. Su voz enérgica resuena con eco infinito en la vasta Sala que acababa de oír asombrada veladas pleitesías a los personeros del motín. “Es necesario que el país sepa que los Presidentes se eligen por seis años; que no basta un cuartelazo militar para derribar la voluntad de una Nación”.

Manifestaba que aunque él y sus amigos habían sido enemigos políticos del Presidente, deponían en ese instante toda animadversión contra él, lo acompañaban con todas sus fuerzas y estaban a sus órdenes para combatir el golpe de audacia de los amotinados de “El Bosque”.

Luego pide unión y encarece este deber para todos los civiles, que no deben mirar impasibles el triunfo de un audaz. Insiste, después, en declararse enemigo del Gobierno del señor Montero, pero estima que en momentos tan sagrados su patriotismo le obliga a unirse en torno de él

y de los que desean que termine su período constitucional.

El cree que en las luchas políticas deben librarse las batallas para enderezar los rumbos de los gobiernos hacia ideales comunes, pero que, "en ningún caso, debe derribárseles por la fuerza de las bayonetas".

Los últimos aplausos que se prodigan son para él, que en instantes bien difíciles supo mantener una actitud independiente y patriota, que, en esa hora y siempre, será un latigazo para la conducta de los políticos que no obstante hablaban de libertad y de derechos, estaban entre aquellos que a la sombra complotaban contra un Gobierno legítimo y que prestarían interesada cooperación a los que subieron apoyados por la incomprensión y audacia de los socialistas de botones dorados.

A las doce, la Asamblea termina y la concurrencia se reparte por los pasillos y salones, agrupándose y paseándose para comentar lo que en ella se ha discutido.

La animación del Palacio, decae un poco. Creo que muchos fueron a las calles a fin de dar a conocer al pueblo las consecuencias funestas

que tendría para la República el éxito de un grupo hambriento de honores y ambiciones de poder, que fraguaba una sedición con fines personales y mezquinos, lo que no era posible someter a dudas si se consideraba la personalidad de cada uno de los conspiradores.

A la cabeza de los conjurados estaba Marmaduke Grove, Coronel de Ejército, de actuación destacada en los motines militares que han sacudido a la República en los últimos años.

Carlos Dávila, periodista y ex Embajador en los Estados Unidos, de audacia y notoria ambición de dinero y poder, públicamente conocida a través de su correspondencia con el Ministro Planet.

Eugenio Matte Hurtado, Gran Maestre de la Masonería y Abogado de instituciones extranjeras.

Arturo Puga, General de División en retiro y ex Ministro de Chile en Colombia.

Arturo Merino Benítez, ex Comodoro del Aire, a quien el Gobierno del señor Montero había primero retirado del servicio y luego, separado.

Aquiles Frías y Pedro Lagos, Mayor de Ca-

rabineros, el primero, y Teniente Coronel de Ejército, el segundo. Ambos en servicio activo.

Los caudillos no tenían ascendiente alguno sobre la voluntad del pueblo, que los pudiera hacer acreedores a arrogarse la representación de él para echar las bases de un nuevo Estado Social, en su nombre.

Sus antecedentes que eran sobradamente conocidos, los mostraban como hombres que solamente procuran su bienestar material, levantando para ello ideales que sus conciencias quizá repudian.

En una hora de honda perturbación económica y moral, cuando aun todavía el hombre que regía los destinos de la Nación no enteraba seis meses en el poder, tocaban a rebato los caudillos, alzando para el logro de sus aspiraciones un socialismo falso, como bandera de redención para engaño y oprobio de un pueblo atormentado por una profunda crisis de desocupación y hambre, y a la cual no podrían solucionar con quiméricas ideologías.

Era el mediodía cuando hace su aparición una escuadrilla de aviones, que hace algunas demostraciones de pericia por encima de la Moneda.

En vano pasan perdiendo un poco la línea de equilibrio, para dejar ver la ametralladora, a escasos metros del patio principal del palacio.

Algunos de los idealistas pilotos, al ver que son observados desde los balcones, saludan, haciendo señas con los brazos.

A nadie le produce la menor inquietud ni la presencia de la escuadrilla ni la amenaza del bombardeo. Estaba en la conciencia de todos que esto último no se produciría.

En esos momentos, S. E. se halla en su sala de Despacho y conversa, con su natural tranquilidad, con los Secretarios de Estado y algunos de sus amigos. En ningún momento le dirigió siquiera una mirada a los aviones que evolucionaban en amenazante señal de las consecuencias que se derivarían si el Gobierno se obstinaba en permanecer en el poder.

Cerca de la una y media se efectúa el último almuerzo en el Palacio para los hombres del Gobierno Constitucional, el que se sirve en el comedor de honor. Es la segunda vez que S. E. el presidente de la República traspone el umbral de esa sala para comer en él, ya que siempre lo ha hecho en el sencillo comedor de su casa particular.

Lo acompañan sus Ministros, el General Vergara, los Edecanes Jullian y Bravo y los Secretarios de la Presidencia e Intendencia, señores Rossel, Molina y Sotomayor.

Antes de que el almuerzo termine, alguien anuncia a S. E. que el ex Presidente de la República, don Arturo Alessandri Palma, acaba de llegar.

Se dirige inmediatamente a recibirlo. La conversación es privada, pero hay quien los observa al saludarse. No es un apretón de manos; es un abrazo.

Poco después de la una de la tarde, el Presidente Constitucional pidió al Ministro del Interior solicitara del señor Alessandri se trasladara a la Moneda a conferenciar con él. El señor Alessandri manifestó al señor Robles que sólo accedería a esta petición siempre que el Presidente de la República exteriorizara su deseo directamente.

S. E. no tuvo inconveniente y le envió, entonces, una tarjeta, invitándolo, escrita de su puño y letra.

Durante la entrevista, el Excmo. señor Montero pidió al señor Alessandri, en nombre de los más altos intereses del país, su cooperación,

para ver modo de solucionar el grave conflicto que se presentaba, agregándole que estaba dispuesto a todos los sacrificios que requiriera la salvación del país, especialmente, la tranquilidad pública.

El señor Alessandri preguntó, entonces, que cooperación pedía de él, respondiéndole S. E. que dejaba enteramente a su arbitrio buscar la solución que estimara conveniente.

En esta circunstancia, don Arturo Alessandri estimó necesario ir a parlamentar con los sublevados, a nombre del Presidente de la República.

Y, poco antes de las tres de la tarde, el señor Alessandri, en compañía de su hijo Fernando y de don Jorge Hübner, se dirige a la Escuela de Aviación.

Y llega poco después, siendo recibido de inmediato por S. E.

Apenas se apersona Alessandri a Montero, le significa que todas las soluciones propuestas por él, habían sido rechazadas y que sólo pedían la deposición del Gobierno y la renuncia del Presidente; y que, además, no había podido conversar tranquilamente, por haber tenido lugar la conferencia en un pasadizo que ocu-

paba toda la oficialidad complotada: era ello un obstáculo para cualquier arreglo.

“Ni siquiera pude hablar tranquilamente, le dice a don J. E. Montero, “no quieren nada; sólo la entrega de la Moneda”.

El señor Alessandri, estoy cierto, estaba seguro que no era posible ninguna solución sobre la base del mantenimiento del Presidente Constitucional, que era lo que sinceramente proclamaba. En nombre de este principio, se había dirigido a los complotados y en nombre de él también, volvía a la Moneda, a dar cuenta del resultado infructuoso de sus gestiones.

El señor Montero concurrió con él, no teniendo fuerzas que lo ayudaran y no pudiendo evitar los acontecimientos, estaba obligado a dejar el poder, como resultado de la situación creada.

Después de esta entrevista con S. E., el señor Alessandri sale de la Secretaría y, en persona, solicita comunicación con “El Bosque”.

Se hace despejar la sala para que lo que él habla con los sublevados, no llegue a conocimiento de todos. Y somos dos o tres, entre ellos Enrique Rossel y Jorge Molina, los testigos de

aquel preludeo de parlamento.

“Quiero hablar con el Coronel Grove. Habla Arturo Alessandri”.

Cuando el Comodoro se acerca al fono — después de largo rato — le dice: “Que hay una verdadera efervescencia popular contra el movimiento; que las calles se encuentran llenas de gentes”. “No lo van a dejar entrar, Coronel”.

A las contestaciones de Grove, él responde: “que el momento es muy grave y que hay que buscar una solución conciliatoria”. “Que ya es hora de que terminen los movimientos militares”.

Es fácil comprender que el Coronel se preocupa intensamente por conocer cuál es el estado de presencia de ánimo de S. E., de los Ministros y de la gente que rodea la Moneda, porque el señor Alessandri, dos veces, en distintos momentos, le repite que el Presidente está tranquilo y que desde ahí él está oyendo los gritos y los vivas que dan al Mandatario que trata de deponer.

Parece que Grove le ruega vaya a hablar con él a “El Bosque”, porque don Arturo Alessandri le manifiesta que la hora es muy avanzada y la conferencia anterior en ese sitio había sido relativamente larga, habría convenien-

cia en que se reunieran en un punto más cercano a Santiago, para no perder tiempo y para evitar que así se volviera a repetir los hechos de que alguien disparara contra el automóvil en que iban, como había acontecido en el viaje anterior, y por cuya causa uno de los vidrios había sido roto.

El señor Alessandri le indicó, además, que podrían juntarse en la casa del señor Pedro Alvarez, en la Avda. La Cisterna, muy próxima al Llano Subercaseaux; que avanzara hasta ese punto y que el llegaría momentos después.

No cabe duda de que Grove preguntaba cuál era esa casa, porque el señor Alessandri le dice que es muy conocida en el barrio y que cualquiera persona le puede dar detalles de su ubicación.

Pocos momentos después el Excmo. señor Montero le indica al señor Alessandri que estima inútil mantener una actitud de resistencia y que habría conveniencia en significar a los amotinados que vinieran a la Moneda, donde no se les atacaría, sugestión que aceptó Alessandri y que puso en conocimiento de los amotinados.

En esos momentos en la calle Moneda hay

un entusiasmo desbordante y, en medio de un griterío ensordecedor, se escuchan nítidamente los vivas que el pueblo da al Presidente de la República.

Me asomo al balcón en los precisos momentos en que llega una larga columna de manifestantes.

Se agrupan en la Plazuela, llenándola, y piden que se asome don Juan Esteban Montero. En el salón todos están de acuerdo en que debe mostrarse; pero hay quien opina que el Excmo. señor Montero se negará a ello, estimando que sería como ir en busca de barata popularidad.

El pedido de los de afuera es insistente y contagioso y voy en busca del Mandatario. Lo encuentro en su escritorio particular. Está solo. Descansa de las fatigas de una noche cruel y del trabajo intenso de esa mañana.

Le informo de lo que solicitan los manifestantes. Se levanta de su silla y va al Salón.

Todos lo rodean con cariño. A los pocos segundos, se asoma a un balcón.

He de lamentar que no tenga facilidad para describir ese momento grandioso. Me referiré, brevemente, pues, a él.

Los vivos en honor del Mandatario, a quien el pueblo le exigió el sacrificio de gobernarlo, se confunden en un solo estruendoso y prolongado grito. Los sombreros, en alto, son agitados en constantes movimientos de entusiasmo.

El Jefe del Estado contesta los saludos alzando su brazo derecho varias veces y lentamente, mientras en su rostro se retrata profunda emoción.

Le piden que hable, pero no accede, retirándose a los cortos instantes a su Gabinete de trabajo.

Aquellos que lo acababan de aplaudir, en espontáneo entusiasmo, siguen, con enardecida indignación, protestando del motín que ya estaba a punto de hacer crisis y, como en toda ocasión en que el patriotismo se despierta, piden oradores. Estos no faltan. Muchos peroran desde ahí y todos tienen un solo anhelo, un solo sentir: que nadie abandone ese sitio para defender más tarde con sus vidas el Poder que se pretende derribar.

Llega a media tarde al Palacio de Gobierno el General de Carabineros, don Manuel Concha

Pedregal, que gozaba de una licencia por enfermedad y que se encontraba en Llole, reponiendo su salud. A pesar de que siempre andaba de civil, esta vez venía de uniforme.

Fué anunciado e inmediatamente recibido por S. E., a quien manifestó que estaba por entero a sus órdenes.

El Presidente le preguntó si contaba con los Carabineros. El General respondió que venía llegando de fuera de Santiago, que por esa circunstancia no los había interrogado, pero que creía que podía responder de su lealtad, aunque estimaba que si los militares estaban unidos sería inútil luchar en contra de ellos, porque, como otras veces se lo había explicado, la inferioridad de armamentos de Carabineros respecto al Ejército era muy grande. Que, sin embargo, dispusiera de ellos.

S. E. le dijo que por esas razones sería innecesaria toda resistencia y que estaba en su ánimo evitar a todo trance que se derramara sangre de chilenos. Terminó pidiéndole ordenara que el Cuerpo limitara su actividad a resguardar el orden de la población.

El General Concha se despidió del Presiden-

te, pero permaneció toda la tarde en la Monedera, donde dió algunas órdenes relacionadas con el deseo del Mandatario.

Cabe dejar constancia de que el Cuerpo de Carabineros cumplió las órdenes que impartió el Gobierno: en la mañana, quinientos de sus hombres se apostaron cerca del Palacio, en atención a las instrucciones del Ministro del Interior, para defenderlo.

A las cuatro de la tarde, la Secretaría se encuentra otra vez en plena actividad. Están allí casi todos los Ministros y los ex Ministros del Excmo. señor Montero. Sus amigos, parte de sus innumerables partidarios y los funcionarios más cercanos a su gobierno.

Están allí, también, algunos jefes del Ejército y el Almirante Jouanne de la Motte du Portail, Director General de la Armada. Viste de civil, como igualmente el General señor Indalicio Tellez. Los he visto sentados casi toda la tarde.

En el saloncito rojo del Palacio se halla a esas horas el Comandante don Pedro Lagos, rodeado de algunos oficiales. Probablemente para indicar a S. E. que su persona allí significaba lealtad; que habiendo sido impotente para ha-

cerse obedecer de su tropa, se había ido junto a él.

Frente a la mesa del Secretario Jefe, se encuentra sentado el General don Carlos Vergara, Comandante de la Segunda División (Guardia Nacional de Santiago) y reclinado hacia atrás, duerme.

El Jefe responsable, el soldado profesional, en la hora precisa en que debía haber demostrado toda su entereza moral, todo su prestigio jerárquico, reposa tranquilo y aun tenía fuerzas para dormitarse con placidez.

No importaba que hubiera Regimientos que hasta esos momentos no decidieran su actitud con respecto al motín, Cuerpos de Ejército que no habían sido hablados por los sediciosos ni visitados por los Jefes adeptos al Gobierno, que preferían la comodidad de los sillones del Palacio.

Recuerdo que apenas diez meses atrás, el General Vergara, ante la revolución de la marinería, había tenido una actitud muy diferente.

Entonces fué el Jefe que no conocía de las fatigas ni de los excesos de trabajo. Fué el verdadero soldado. No durmió durante tres noches

consecutivas y a cada segundo demostraba una absoluta seguridad en sí y en sus fuerzas, que nadie, al verlo, habría dudado del éxito, del cual nosotros estábamos seguros.

Recordé aquella noche del 3 de septiembre, cuando ya ungido, con plenos poderes, Ministro de Guerra, daba órdenes telefónicas, a las tres de la mañana, al Almirante Chappuzeau, en que con una voz de huracán lo conminaba a que la situación de revuelta del puerto de Talcahuano la tuviera dominada antes de las diez de la mañana del día siguiente.

Entonces sí que era el Jefe que sabía mandar y hacerse obedecer. Esa noche, cuadrado militarmente ante el teléfono, tuvo con el Almirante el diálogo que sigue:

Ministro.— Dígame, Almirante, ¿cómo está la situación?

Almirante.— Ministro; se han disparado alrededor de dos mil tiros.

Ministro.— ¿Y la escuadra?

Almirante.— Ha salido del puerto, Ministro.

Ministro.— Cómo, Almirante. ¿Y la oficialidad? ¿Cuántos muertos hay entre ellos?

Almirante.— Ninguno, Ministro.

Ministro.— Dígame, Almirante, ¿han despeinado a algún Oficial? ¿Qué ha estado haciendo usted en su puesto que no ha sido capaz de bombardear la escuadra con los fuertes? Su actitud, Almirante, no tiene calificativos. . .

Temblaba sólo de oírlo y hasta hoy guardo la admiración que me produjo su enérgica actitud.

En la misma noche el General Vergara se pone en comunicación telefónica con el Jefe de la Plaza de Valparaíso, General Moreno, y al inquirir noticias acerca de la situación que se ha producido en el puerto, éste le manifiesta que el Cuartel Silva Palma se ha declarado de parte de los revoltosos.

El Ministro le responde que ese Cuartel debe ser tomado con el Regimiento Maipo, a lo cual el General Moreno le replica que cree que no cuenta con la lealtad de esa tropa.

El Ministro le habla entonces en esta forma:

“Un militar no puede decir que no cuenta con la tropa nada más que en el momento en que ésta le ha dado vuelta la espalda en el campo de batalla”. “Le ordeno, General, que con el Regimiento Maipo se tome el Cuartel, debiendo quedar esto terminado a más tardar dentro de me-

dia hora." "Yo respondo de ese Regimiento como de mi mano derecha". "Se lucha, General".

Media hora más tarde, sonaba el teléfono. Era el General Moreno que llamaba de Valparaíso, para dar cuenta a su Ministro que de acuerdo con sus instrucciones se había apoderado del Cuartel Silva Palma con el Regimiento que estimaba dudoso.

Traigo también a mi memoria una anécdota del General Vergara:

Esa noche se retiró el personal de la Secretaría y los militares del Estado Mayor más o menos a las cinco de la mañana. Me encontraba de guardia y me quedé solo con el General y un telegrafista. Conversábamos animadamente y me hacía ver él las seguridades que tenía en el triunfo. Como a las seis y un cuarto se despidió de mí, diciéndome que se retiraba a su casa a fin de descansar un rato. Me fuí al Gabinete de S. E., que se encontraba mejor calefaccionado y me puse a leer. No eran aun las siete de la mañana cuando sentí fuertes pisadas en la sala vecina. Salí. Era el General Vergara, que al verme me dijo: "No he podido dormir y vengo a tomar el desayuno con usted".

Y el cuatro de junio, cuando tenía la máxi-

ma responsabilidad del Ejército, que se le desbandaba hacia las filas rebeldes, pudo conciliar el sueño delante de tantos que más tarde tendrían el derecho de juzgarlo.

Poco rato después tengo ocasión de encontrarme con el Edecán de Aviación, Comandante de Escuadrilla don Manuel Francke. Me llama y me interpela así: "Conque me creen traidor... ¡Yo! Y soy más leal que todos, que usted mismo... Algún día sabrán lo que yo he hecho por el Presidente". Y levantó los ojos al cielo como mudo testigo de su afirmación.

Debo dejar constancia, de que el Comandante Francke, la noche del tres, informó ampliamente a algunos de los allegados a la Moneda de las proyecciones del movimiento; que pasó al Palacio a hablar con el Presidente sobre estos sucesos, como también, que se ha dicho después con insistencia de que en esa ocasión habría estado en "El Bosque" y prometido su ayuda a la naciente sedición.

Es por eso que aparece con respecto a él una actitud dual.

El reloj marcaba las cinco de la tarde, cuando hace su entrada a los corredores de la Presiden-

cia y luego a la Secretaría un grupo de militares. Son el Mayor Allende y dos Tenientes. Pertenecen al Regimiento de Artillería N.º 1 "Tacna". Son recibidos con manifiestas demostraciones hostiles.

Al llegar a la Secretaría, se apersona al Ministro de Defensa Nacional, señor Ignacio Urrutia Manzano, y le habla el Mayor Allende: Le dice: "Nuestro Regimiento que no cuenta con tropa preparada para hacer frente a la sublevación del Coronel Grove, no está tampoco con él, pero no le opone resistencia, porque son sólo doscientos hombres que hace cuatro días reconocieron cuartel. Como no podemos hacer frente a ellos, venimos a entregar nuestras renuncias, para que el Gobierno decida lo que conviene hacer y disponer del Cuartel. Sólo dos Capitanes, de toda la oficialidad, no están de acuerdo con nuestra actitud".

El Ministro de Defensa sólo le responde: "Han cumplido con su deber; muchas gracias".

Después les dice: "Pasemos a decir esto al Presidente".

Acompañados de enorme cantidad de personas que elogian entusiastamente la conducta

honrada de esos oficiales y de muchos también que no los acompañan con ese entusiasmo, pues creen que como Oficiales del Ejército, leales a la Constitución y al hombre que dirige al país, debían haber puesto resistencia sean cuales fueren las condiciones de inferioridad en que se encontraban, pasan al Gabinete de S. E., donde el Mayor Allende vuelve a repetir lo que sabemos.

El Presidente le dice: "Está bien, váyanse tranquilos a su cuartel".

Apenas pone término a esta frase, se acerca al grupo Eulogio Sánchez, y pregunta al Mandatario: "si no se podría armar a los muchachos en el Cuartel del "Tacna", y defender nosotros la Moneda".

"Pregúntele al Mayor si eso es posible", responde el Presidente.

Interpelado el Mayor, mueve tristemente la cabeza en señal negativa, diciendo a poco: "No; eso no es posible".

Sin mostrarse vencido ante la rotunda afirmación que acaba de oír, se apersona Eulogio Sánchez al General Vrgara, que, con adusto ceño, se pasea a trancos cortos por el Gabinete Presidencial y con palabras y ademanes del más

ardoroso entusiasmo, le interroga acerca de si hay inconvenientes en esas circunstancias para sacar armas de los arsenales de guerra y entregárselas a la gente joven y patriota que las reclama para defender sus derechos ciudadanos.

Pero el General de Brigada, don Carlos Vergara, con cuatro palabras secas y definitivas, termina con sus nobles intenciones, diciéndole: "Después no las devuelven". "Cuesta mucho sacarlas y hay que limpiarlas porque están con grasa". "Ya es tarde".

Y es tarde, efectivamente.

Y, además, no es lógico esperar en medidas defensivas del Comandante de la Segunda División cuando apenas quedan dos horas para que quede consumado el movimiento de ambición personal en que están comprometidos algunos de sus camaradas y subordinados. Es iluso esperar determinaciones bélicas del Jefe de que todo lo mide tácticamente y que no tiene un solo arrebato que lo haga salir en defensa del Mandatario que le dispensó honrosa confianza.

Instantes después se aproxima al Presidente el Teniente de Ejército señor Aldunate Phillips, de la Escuela de Caballería, y le informa que el

Cantón de Providencia no ha sido visitado por los Jefes Superiores y que hasta ese momento permanece leal al Gobierno Supremo de la Nación. Creo que se da orden de que un General lo visite de inmediato, pero es Eulogio Sánchez quien primero, en compañía de un amigo, se dirige a él.

Desgraciadamente, ha de llegar un poco tarde, pues mientras informaba a los Oficiales de los sucesos que agitaban al país y encontraba en ellos la mejor disposición para cooperar al mantenimiento del poder civil, llega al Regimiento que visitaba la noticia de que ya se habían apoderado de la Moneda los sediciosos.

Instantes después que el Teniente Aldunate ha conversado con el Presidente, son retirados del Gabinete de S. E. y de la Secretaría los archivos personales, correspondencia y documentos, los que se envían a la Oficina de uno de los Secretarios, don Jorge Guzmán.

Y en la evidencia de que no es posible hacer ninguna resistencia, se le informa a los amotinados que pueden llegar a la Moneda, sin riesgo alguno para sus vidas, ya que los miembros del Gobierno no pueden hacer ni ordenar defensa

alguna contra la brutal acción que tiende a apoderarse de sus derechos legítimos.

No hay hombres decididos a su alrededor que en un rasgo de supremo patriotismo rindan sus vidas antes de ver nuevamente manchada la República por la audacia irritante de quienes llevando la bandera del pueblo, pretenden sólo saciarse en las arcas fiscales.

No hay armas. Los Arsenales del Gobierno están cerrados para él. Falta acción, disciplina, patriotismo. Sobre los escombros de la civilidad, se alza sólo la figura respetable y engrandecida del Mandatario, por muchos conceptos demasiado alto y demasiado puro para nuestra patria.

Podrán, pues, apoderarse del Palacio de Gobierno. Podrán saquearlo. Podrán desde esa noche remover a toda la Administración Pública, dictar leyes, decretos, vaciar las cajas. Pero la renuncia que exigen del Presidente Constitucional de la República, no la tendrán a ningún precio.

A las siete y un cuarto de la tarde, llegan a la Moneda los Jefes del cuartelazo militar, precedidos y seguidos de numerosa tropa que se estaciona en el patio principal del Palacio y en las calles adyacentes.

Llegan en seis automóviles cerrados. La gente no se da cuenta perfectamente de su llegada. Creo que se corrió la voz de que eran marinos adeptos al Gobierno, que llegaban desde Valparaíso a ofrecer su apoyo al Mandatario. De cualquier manera, el hecho positivo es que atravesaron por entre la multitud lentamente y más de algún aplauso recibieron por la confusión que he explicado, razonable, si se quiere, por la similitud de los uniformes.

Sólo al detenerse los coches frente a la puerta reciben manifestaciones hostiles de los más exaltados. Los vidrios de algunos de los coches son violentamente hechos pedazos. Todavía recuerdo la cara de espanto de uno de los oficiales al ser objeto de esta clase de saludo.

Ya en la puerta, con el automóvil aun en escaso movimiento, saltan de él los sediciosos.

La escasa popularidad de entonces y el desconocimiento de su persona de parte del público, influye, poderosamente, para que el cabecilla Marmaduke Grove pueda franquear la puerta sin recibir ninguna acción de hecho. Escucha sólo algunos insultos.

Don Eduardo Irrázaval, en la puerta mis-

ma de la Moneda, abofetea a algunos aviadores y soy testigo de su valiente actitud. Tomó del cabello a uno de ellos y le sacudió con violencia la cabeza.

De haber tenido armas los muchachos reunidos en la Plazuela, otro habría sido el destino de aquellos audaces.

La Guardia del Palacio, que tienen orden de resguardar y de mantener la tranquilidad, protege, en cerrada fila, a los sublevados, al ver los desmanes que con ellos quieren hacer los civiles. Al amparo de sus armas y de sus cuerpos, entran a la Moneda los sediciosos y en el pórtico se reúnen y comentan brevemente la feróz recepción que les han hecho.

Por un momento, creo que subirán por la escala de honor de la Presidencia y bajo sus peldaños, ansioso de verlos de cerca y, también, para recibirlos e introducirlos al Despacho Presidencial. Pero al llegar a los últimos escalones, los veo partir en dirección al segundo patio.

Indudablemente, es que fueron informados que en los corredores que dan a la escala principal había en exceso personas que más de un daño les infringirían y prefirieron, entonces, su-

bir por la escala que da a la Sala de los Edecanes, siempre desierta a esas horas.

También me dirijo a esa escala, pero usando los corredores del segundo piso, y paso la puerta de los Edecanes en momentos que los sediciosos hablan con el Edecán de S. E. Comandante de Caballería don Oscar Bravo.

Detenidos están en la mitad de la escala.

Los miro uno a uno: Merino Benítez, Puga, Frías, Grove.

Discuten acaloradamente y, sin lugar a dudas, hasta ese momento están inciertos de su propia suerte.

Grove pregunta, en tono ligero y ansioso, acerca de qué ambiente hay en la calle, como si no viniera de ella, como si no hubiera recibido la hostilidad de aquellos que no podían tolerar su presencia en las esferas del Gobierno. Extrañado, acaso, de no haber oído vivas en su honor o por no haber recibido una triunfal acogida, que fuera premio de su última traición.

La respuesta a la interrogación de Grove, es la llegada de un Oficial de Aviación que viene a arreglarse en su presencia los destrozos que en su persona han hecho los que él llama "desalmados".

Siguen conversando, en voz baja, algunos momentos y se aprontan a subir cuando divisan que se aproxima a la escala Carlos Dávila, con paso ligero y sonriendo forzosamente.

Al mirarlo, da la impresión de que se hubiera escurrido de un peligro inmenso y llegara triunfante, celebrando personalmente su buena estrella.

“Subamos, entonces”, dice Grove.

Pero al pisar el primer peldaño, se vuelve, deteniéndose, y le habla al Comandante Lagos:

“Comandante Lagos, despéjeme la calle”.

Lagos se inclina, en cortésano saludo, y le responde: “A su orden, mi Coronel; inmediatamente”.

Terminadas estas palabras, inician la ascensión.

Muy pálido, va Grove a la cabeza del grupo que forman sus amigos del momento.

Viste uniforme y carga un arma bajo el dolmán.

Siguen sus pasos Arturo Merino y el General Puga. Ambos de paisanos.

La puerta está abierta en una sola mano. Detrás, dos porteros se sitúan, uno de los cua-

les hará luego un reverencioso saludo al triunfante sedicioso.

Se me había pedido que me situara en la puerta que ellos escogieran para penetrar a la Presidencia, con el objeto de impedir la de muchos civiles que, como curiosos, ocultaban secretas fuerzas, que llevaban la misión de proteger a los rebeldes. Sólo debía pasar la comisión que decía encarnaba el movimiento socialista.

Y es por esa razón que al ver una persona desconocida para mí, que seguía a Puga, le impido la entrada, diciéndole: “Usted no pasa”.

Sin decirme quién es, me da un fuerte empujón, al mismo tiempo que en su cara se marca la extrañeza que le causa el que lo desconozca.

Como estaba prevenido, contesto a su agresión en la misma forma, y lo veo retroceder unos dos pasos. Es empujado por los que vienen atrás y, en ese instante, me dice fuertemente: “Soy Eugenio Matte”, como quien dice: “Soy Napoleón”.

Al ver este incidente, Grove, que ya entra a la Sala de Espera, se detiene, vuelve la cabeza y da esta orden en tono perentorio: “Abran la puerta”.

Le respondo que en esos momentos las órdenes que ahí se dan, son mías. Que él no tiene ninguna autoridad para arrogarse tal derecho.

No me contesta; pero vuelve a gritar fieramente: "Abran la puerta".

No sé a quien dirigió esta orden. Si se hubiera fijado con más detención se habría visto que no era propio que menester tan doméstico lo tuviera reservado para Merino o Puga, porque habiéndose retirado asustadizos los porteros, ellos eran los únicos que en esos momentos podían obedecerle.

Una vez más tengo la ingenuidad de contestarle y lo hago empleando igual tono de voz que el por él usado: Le digo que en la Presidencia de la República no mandan extraños.

Obedece esta vez, cansado quizá de la escena, el Comandante Merino. Se me aproxima. Alza una mano. La otra la lleva al bolsillo de su abrigo donde bien se dibuja una pistola.

Y cuando estimo que la caída de su mano sobre mi cabeza es algo inminente, veo que un Teniente Rodríguez, de Aviación, detiene su brazo, diciéndole a la par: "No; no, mi Coronel. Es amigo mío. ¡Yo lo quitaré!".

Y con grito angustioso y apremiante me ruega con insistencia que deje ese lugar.

Pero en ese instante la puerta con violencia inusitada es abierta por la avalancha de personas que pugnan por entrar y quedo perdido entre las fuerzas de los traidores.

En la sala de los Edecanes espera a los revolucionarios el Secretario-Abogado de la Presidencia, Jorge Molina Wood.

Cuando quieren pasar de esa sala al Gabinete en que se halla S. E., son detenidos por él, quien les informa que deben esperar a que el Edecán los anuncie.

Se detienen, a pesar de sus ímpetus, y esperan a que llegue el Edecán y, luego, ser anunciados.

Aprovechan entonces para cambiar ideas con respecto a lo que manifestarán en breves momentos más al Presidente de la República y, unos y otros, rehuyen obstinadamente el papel de portavoz del movimiento. Los amotinados están vacilantes y la escena tiene mucho de ridículo y de grotesco. Lo que más se oye, son expresiones como éstas: "Habla, tú". "Te toca decirlo a tí".

No se han puesto de acuerdo aún y está con la palabra el reposado General Puga, cuando el Edecán Bravo les dice que han sido anunciados.

Ya pueden pasar.

El primer paso para penetrar a la Sala Presidencial, lo da Grove, pero antes, con voz de imperioso dominio, ordena al Comandante Bravo que abra ampliamente las puertas del Gabinete.

La puerta es abierta.

Vemos, entonces, que el Mandatario los espera en medio de la Sala. Las miradas de los complotados se fijan ávidas en él y en aquellos que lo acompañan.

Tratan de precipitarse bruscamente.

Pero son detenidos una vez más por el Secretario Jorge Molina. Les dice ahora "Sólo puede pasar la Comisión de los revolucionarios".

Merino Benítez recoge al vuelo esta orden y hace esta frase:

"Qué Comisión; es un movimiento de salvación nacional".

En esos momentos, llegan a la sala diversas personas que se encontraban en los aposen-

tos vecinos y con justa y natural indignación, apostrofán de traidores, de cobardes, a los sediciosos.

Los insultan con extremada rudeza.

Sin que de ellos nazca una sola protesta, sin que ninguno reaccione ante la crudeza de la verdad.

Al pasar Grove a la Sala Presidencial, disminuye su paso audaz. Va más quedamente, como sugestionado, deteniéndose a unos cinco metros del Presidente.

El momento es de gran emoción.

Todo contribuye: la causa, que un golpe ambicioso e insensato derriba; los personajes, de tan diferente importancia y carácter; el mismo decorado de la Sala, granate, azul y oro, iluminada por las muchas luces de las lámparas de brillante cristalería. Tiene algo indudablemente, de cuadro o escenario el conjunto.

S. E., de pie, con las manos en los bolsillos, recibe entre despectivo y solemne a los sublevados.

Su fisonomía, en la que se destacan su amplia frente y sus ojos iluminados, fuertes y francos, sus mismos ademanes tranquilos, todo su porte, revelan al hombre superior.

Junto a él están: don Víctor Robles, encargado de la Cartera del Interior, con antecedentes de larga y meritoria carrera política; don Carlos Balmaceda Saavedra, respetable y distinguido, inteligente hombre de mundo que, como Canciller, desarrolló una labor encomiable y superior. A través de los lentes asoma su vivacidad y agudeza don Luis Izquierdo, que parece estar listo para lanzar una frase de ingenio y de hiriente ironía; don Héctor Rodríguez de la Sotta, joven, prestigioso y de una intachable honradez política; Urrutia Manzano, recto, severo en sus principios, siempre consciente en sus campañas, que se hicieron notar por la superioridad con que atacó a la Dictadura; don Arturo Ureta, Jurisconsulto de gran prestigio; Alfredo Guillermo Bravo, Marco Antonio de la Cuadra, Sótero del Río, sus Ministros de Educación, Fomento y Bienestar, de cuya actuación elevada e inteligente no hay sombra que la atenúe.

Enrique Rossel Saavedra, Secretario Jefe de la Presidencia. Jorge Molina Wood, Jorge Guzmán Dinator, Gonzalo Gutiérrez Alliende, miembros de la Secretaría. Leales todos hasta el último con el Jefe del Estado.

Lo acompañan, también, el Sub-secretario del Interior, don César León, el Intendente de Santiago, don Julio Bustamante y su Secretario, don Justiniano Sotomayor, que no lo abandonaron en ningún instante.

Los sublevados se presentan — usando su término — como un “equipo” mal disciplinado, sin cohesión de ningún sentido. Los domina agitación mal contenida y sus arrestos de impetuosa y temeraria locura, mueren ahí mismo, ante la imponente grandeza del ambiente que los recibe.

El grupo se divide, produciendo el efecto de que la vergüenza los atemoriza. Algunos no avanzan y quedan silenciosos muy cerca de la puerta.

Se ven caras sin afeitar. Uniformes sin brillo, denigrados. Han subido por la escala trasera de la Presidencia, como malhechores que buscan las sombras, y dan toda la impresión de no saber cómo han llegado a arriba.

Es sólo Merino Benítez el que mejor mantiene la tonalidad que exige la audacia. Luego ha de interrumpir dos o tres veces a Grove para rectificarle algunas de sus frases o darle carácter de definición a las palabras con que

pregona el nuevo Gobierno que ha de sufrir el país.

S. E. mira de frente y en forma penetrante a los revolucionarios, que enmudecen.

Transcurre casi un minuto de silencio que interrumpe el Mandatario con un breve y cortante: "Los escucho".

Habla Grove. Su voz es a veces vacilante, pero no cesa de ser impetuosa. No une bien sus frases y da la certeza de que en supremo esfuerzo busca con angustia palabras que atenuen su falta, su deslealtad; palabras que disipen la vergüenza de su inconcebible traición. Ha de sentir el latigazo de su conciencia y en vano habla de la patria.

A pesar del tono vigoroso de sus frases, la mirada baja, lo acusa.

Y no obstante toda su locura revolucionaria, no obstante toda su audacia insultante, siente que se encuentra ante un hombre que es una autoridad moral e intelectual indiscutible, prestigiado en su alto cargo por el voto libre de la inmensa mayoría de sus conciudadanos y lo trata respetuosamente de "Excelencia".

Al referirse a la República Socialista que viene a instaurar, en nombre de la Escuela de

Aviación, expresa a su Jefe, el Jefe de la Nación, que debe abandonar el cargo que el país le confió, porque no cuenta con las Fuerzas Armadas.

Es entonces cuando S. E. busca con la mirada a un personaje que se halla perdido entre los que lo rodean.

Lo encuentra y con autoridad lo llama: "General Vergara, acérquese".

Se levanta el General y se coloca junto al Presidente.

Lo interroga acerca de la opinión que ha emitido Grove que, de ser cierta, lo impondría para defenderse y lo obligaría a dejar el poder.

Interpelado el General con respecto de "si es efectivo que no hay un sólo soldado leal en el Ejército", responde con voz muy baja, como para que lo oiga sólo S. E.:

"Desgraciadamente, es efectivo".

Y el Comandante de la Segunda División, desperdicia esa oportunidad que le da el Mandatario para que mantenga incólume su honor y prestigio de militar, porque en su calidad de soldado adepto a la persona del Presidente, de

Jefe depositario de suprema confianza, debió haber dicho:

“No es efectivo, Excelencia; hay un soldado que le es leal: ¡YO!

Antes estas palabras, S. E. vuelve otra vez a hablar y manifiesta que no contando con la adhesión de las Fuerzas Armadas, no le queda sino abandonar el poder a manos de éstas.

Segundos más tarde, el General Vergara se aproxima a Grove y le dice:

“Presento mi renuncia”.

“La acepto”, responde éste.

Y casi inmediatamente después, el Presidente de la República se retira de su Sala de Despacho.

Pasa mirando de frente, sin odiosidad, a los rebeldes, los que le dan paso, respetuosos, y bajan sus ojos, avergonzados.

Sale don Juan Esteban Montero con paso seguro y tranquilo de la Sala Presidencial y momentos después abandona el Palacio de la Moneda, a donde lo llevó un movimiento de opinión que quería y tuvo un Gobierno Constitucional, Civil y Honrado; pero que no quiso ni supo sostenerlo.

El hecho se ha consumado.

Sin embargo, las pasiones de los hombres que habían levantado una bandera de ideales, para, según ellos, salvar la República, van a ser más fuertes que sus palabras de halagadoras redenciones y van a constituir el desmentido más categórico de sus propósitos de desinterés personal.

A los pocos días, Carlos Dávila es obligado a abandonar la primera Junta de Gobierno. Y el Comodoro del Aire, Merino Benítez, obtenía otro retiro de las filas.

El 16 de junio, Grove y Matte, son apresados y enviados a la Isla de Pascua por sus cómplices, derrumbándose así su momentáneo poder.

El General Arturo Puga, primer Jefe del Socialismo en Chile, pasa a la cartera de Defensa Nacional, reemplazando a su amigo Grove. Sirve, entonces, a Carlos Dávila.

Y así siguieron sucediéndose las combinaciones de Gobierno, sin otra mira que la repartición del botín nacional.

Casi cien días permanece, todopoderoso, Dávila como Presidente Provisional de Chile. Cansados de él, los hombres que lo habían ayu-

dado a asaltar el poder, resuelven cambiarlo por el General Bartolomé Blanche.

Al producirse esta situación, el Comodoro Merino Benítez se subleva otra vez.

Cae el General Blanche, empujado por un movimiento constitucionalista, que se genera en Antofagasta.

El pueblo no tuvo intervención alguna en todos estos cambios de Juntas de Gobiernos y de Presidentes Provisionales.

No le cupo otra actitud que contemplar impasible el vergonzoso derrumbamiento de la careta que cubría a los hombres del 4 de junio.

F I N